El “recorrido” y el “linaje”. La construcción del territorio por parte de una comunidad mapuche ante la explotación petrolera en Neuquén.

Fernando Cabrera Christiansen

Facultad de Derechos y Ciencias Sociales,
Universidad Nacional del Comahue
meildefer@gmail.com

RESUMEN

Entre 2009 y 2012 mientras una compañía hidrocarburífera multiplicaba las perforaciones en lo que empresas y oficinas gubernamentales denominaban “área hidrocarburífera Los Robles”, un grupo indígena realizó una serie de “bloqueos” a las instalaciones del “área”. Ese espacio, ubicado en el centro de la provincia de Neuquén, era reclamado como propio por una “comunidad mapuche” que denominaba al “territorio” –que señalaba coincidía con el “área hidrocarburífera Los Robles” – y a sí misma como “*Gvf Antv*”.

En esta ponencia sostengo que, a diferencia de la construcción del espacio que realiza la explotación hidrocarburífera fundada en la utilización de “mapas”, mis interlocutores construían el “territorio” mediante el “recorrido” y el “linaje”.

Estas aseveraciones son parte de los resultados del trabajo de campo que realicé junto a ese grupo entre 2012 y 2016 y que conformó mi tesis de maestría en ciencias sociales de la Universidad de General Sarmiento y el Instituto de Desarrollo Económico y Social en la que desde una perspectiva etnográfica y reflexiva intenté dar cuenta de algunos procesos sociales que ocasiona la multiplicación de la perforación petrolera en territorios habitados por personas que se reconocen como mapuche.

Palabras clave: MAPUCHE – POLITICA – TERRITORIO – HIDROCARBUROS

El “recorrido” y el “linaje”. La construcción del territorio por parte de una comunidad mapuche ante la explotación petrolera en Neuquén.

“El espacio es un producto social”, constató Henri Lefebvre en 1974, tras lo que se propuso dar cuenta de ese particular proceso de producción en el capitalismo. Pocos años antes, en 1967, al estudiar las nociones en torno a la “tierra” en algunas sociedades africanas, Paul Bohannan había descripto que, desde la concepción occidental, la “tierra” –como una forma espacial– era comprendida como una entidad objetiva, mensurable y divisible en unidades con las que se establecían relaciones sociales mercantiles. Esa perspectiva establecía una relación de “tenencia” con la “tierra”, que definía una lógica de inclusión o exclusión de personas y grupos.

En las zonas rurales de la provincia de Neuquén yo reconocía esa concepción de “tierra” –o, como prefiero, “territorio”– en los alambrados que separaban una propiedad privada de otra. Al comienzo de mi trabajo de campo con el grupo que conformaba “la comunidad mapuche *Gvf Antv*”¹, busqué delimitaciones claras, como el alambre; fronteras espaciales precisas del ámbito indígena. Infructuosamente me preguntaba ¿hasta dónde se extiende su territorio? Y ¿cuántos kilómetros cuadrados reclaman? Sin embargo, no encontré lo que buscaba. Una de mis primeras ideas fue “mapear” el espacio de la “comunidad”. Suponía, incluso, que sería sencillo dibujar un “mapa” de la “superficie” que reclamaban como propia. Pero no era posible definir claramente las “parcelas” utilizadas por distintos/as “vecinos/as” y mucho menos integrar esas “parcelas” como una “unidad”, porque, por un lado, la pertenencia o no a la “comunidad” no es una noción estable. Ser o no parte de la “comunidad *Gvf Antv*” era una definición contingente y dependía de, entre otras cosas, la “situación social” (Gluckman, 1940) y de la situación de interacción. Por otro lado, no era sencillo integrar una “unidad” territorial porque hay quienes más definidamente no forman parte de la “comunidad” pero viven en (y utilizan más o menos) las mismas zonas que quienes integran “*Gvf Antv*”. Así las cosas, me era difícil definir la frontera y el “territorio indígena”.

Tras una etapa de confusión, comencé a preguntarme por las construcciones espaciales

¹ Los nombres de lugares, de “pozos” y de personas vinculadas directamente con el proceso fueron modificados. A la pertinencia analítica de esta decisión, vinculada con subrayar los procesos más que las definiciones individuales, se suma la hostilidad con que en los últimos años las organizaciones mapuche han sido tratadas por parte de empresas, terratenientes y los distintos Estados.

de otras sociedades. Era factible que el grupo al que estudiaba –que no puede incluirse fácilmente dentro de la lógica estatal y capitalista– tuviera otra noción sobre el “territorio”. Al respecto Bohannan indica que cada sociedad posee “un concepto de geografía, un modo de correlacionar a un hombre con su entorno físico” (1967: 54). Siguiendo esa propuesta, aquí busco dar cuenta de las formas de construir el “territorio” por parte de “los más afectados” de la “comunidad *Gvyf Antv*”. Para ello me pregunto: ¿cuáles son los mecanismos con los que esos actores producen el “territorio”? ¿Con qué categorías lo organizan? ¿Qué relaciones establecen con la categoría “territorio”? ¿Qué implica para la “comunidad” esta conjunción de formas de producir el espacio por parte del Estado y las empresas hidrocarburíferas en una etapa de extracción intensiva de hidrocarburos?

Para responder esas preguntas, recurro a De Certeau (2000), quien, al describir las formas que las personas utilizan para narrar las construcciones sociales espaciales, establece dos mecanismos generales: “mapa” y “recorrido”. En un primer momento, expongo la mirada estatal y empresarial, que era también la mía. Una perspectiva que reconstruí etnográficamente en mi tesis de maestría y que aquí solo retomo por una cuestión de espacio. Posteriormente, llego al eje de esta presentación, y recupero algunos de los sucesos del “recorrido” que me invitaron a hacer en mi primera tarde de trabajo de campo. En esa búsqueda encontré que, además del “recorrido”, “los más afectados” utilizan otras formas.

El territorio hidrocarburífero

En este subtítulo muestro cómo las “áreas hidrocarburíferas”, polígonos generados mediante mecanismos de producción de “mapas”, organizan la relación entre los Estados provinciales y las compañías hidrocarburíferas.

Las jurisdicciones del Estado argentino expropiaron (con la fuerzas militares a las poblaciones previamente existentes), apropiaron (cartografía mediante) y posteriormente –entre otros tipos de cesiones y gestiones– entregaron en “concesión” el subsuelo por intermedio de la creación de la noción de “áreas hidrocarburíferas” a compañías “concesionarias”. Es decir, las provincias “concesionan” “áreas hidrocarburíferas” gracias a mecanismos contractuales vinculados a “mapas”.

El Estado –fundamentalmente provincial– crea su territorio en términos hidrocarburíferos mediante “mapas” de “áreas”. Esas “áreas” son figuras geométricas

que designan el efecto de un proceso de creación del territorio como apropiable en tanto que objetivable. Una vez objetivadas, las “áreas” construyen algo que aparece con existencia anterior a esa representación. Las “áreas” son, en definitiva, una forma particular de construcción social de territorio, cuyo sustrato es la cartografía, es decir un mecanismo de cosificación del territorio necesario para (y anterior a) la apropiación y “concesión”. Mediante las “áreas hidrocarburíferas” el espacio es instituido por el Estado como una cosa, como un objeto.

En el “territorio” construido como “área” la compañía “operadora” realiza la “explotación” (Ley 17.319 art. 4), es decir despliega una serie de actividades para extraer hidrocarburos. Para ello contrata a un sinnúmero de otras compañías a las que terceriza casi todas las tareas de campo.

Territorio de “*Gvf Antv*”

En lo que sigue reconstruyo la visita que realicé a las “casas” de quienes integran “*Gvf Antv*” durante mi primera jornada de trabajo de campo en junio de 2012. En esa oportunidad conocí su lugar: donde sus padres vivían desde hacía más de 50 años, ellos/as habían nacido y recorrían regularmente, por lo tanto, tenían sus “casas”, sus animales, se orientaban y sabían si alguien “entraba”. En los últimos años, además, habían puesto un cartel al costado de la ruta 25 con el nombre de la “comunidad” y habían ocupado un edificio abandonado por la petrolera para usarlo como “salón comunitario”.

En junio de 2012 en Zapala, un grupo de “*Gvf Antv*” volvía a su casa en “Loma Verde” después de haber realizado una protesta en Zapala. Aquel “recorrido” cumpliría también otros dos objetivos explícitos: conocer, como yo había solicitado, el “pozo LROx-1999b” que había sido festejado públicamente por el gobierno provincial y la operadora por una serie de logros técnicos, y, además, reclamarles a unos operarios que abandonaran la tarea que estaban llevando en el territorio de la “comunidad” y no les habían consultado.

Aquella tarde junto a quienes volvían a su casa en “Loma Verde” realicé un trayecto en camioneta que duró más de tres horas. En primer lugar, nos dirigimos por la ruta 6 hacia el este, pasamos por “San Javier” y llegamos al cruce con la ruta 25. Fuimos al festejado “pozo LROx-1999b”. Para ello, tras unos cinco minutos hacia el sur por ruta 25 debimos tomar una “picada” hacia el suroeste durante unos 20 minutos hasta llegar al

“pozo”. Luego, en dirección al este, acercándonos a “la Planta”², dejamos a doña Lorena en su casa, tras lo que nos dirigimos a la locación donde estaba la “torre de *pulling*” y pasamos por las inmediaciones de “la Planta”, situación que, como expondré, “los más afectados” sabían que era crítica. Finalmente llegamos a la casa de Victoria, tras lo que emprendimos el regreso a Zapala.

“Los más afectados”

Cecilia Gutiérrez y Antonio Gómez residían junto a sus hijos en Zapala, donde trabajaban como contratados para dependencias municipales. Cecilia se presentaba como “*werken*” de la “comunidad *Gyf Antv*”. No había nacido en el “territorio” reclamado por la “comunidad”. Tenía poco menos de 40 años, una fuerte presencia física y era la más verborágica del grupo. Su esposo Antonio tenía 36, era callado y había nacido en la zona de “Loma Verde”, donde su madre, Elisa Parra, de 74, aún vivía.

En mi primer día de trabajo de campo, Cecilia me explicó que ellos eran un grupo de la comunidad: “los más afectados”. Me dijo que eran seis familias que hacían demandas a “la empresa” y al Estado, mediante “bloqueos” a “la Planta” y participaban en “movilizaciones”. Sus casas estaban muy cerca de la zona donde había instalados -y seguían perforando- “pozos petroleros”. Había, también, otras personas que pertenecían a la “comunidad *Gyf Antv*” pero vivían más lejos de “la Planta”, no formaban parte de “los más perjudicados” y “no estaban movilizadas”.

El lugar practicado

Mientras estábamos preparando las cosas para volver a la “comunidad” después de realizar una actividad de protestas en la ciudad, Ailin Pilquiman, una reconocida activista mapuche de la “Confederación Mapuche de Neuquén”, preguntó en voz alta cómo estaban las cosas en la “comunidad”, se refería con ese término al lugar donde vivían: “Loma Verde”. Laura, que tenía 20 años, era la adulta más joven que participaba de la reunión y vivía a unos 500 metros de “la Planta”, respondió que había una “torre

² “La Planta” era una instalación que ocupaba más de tres hectáreas y que funcionaba como nodo productivo y organizativo de la actividad. Estaba limitada por un alambrado olímpico, y efectivos de la policía provincial y de seguridad privada custodiaban su entrada permanentemente. Allí trabajaba el personal jerárquico del “área” y algunos operarios, quienes poseían las comodidades de cualquier oficina urbana: agua, energía eléctrica, calefacción, teléfonos, internet, etc.

de *pulling*³ trabajando en un “pozo” ubicado cerca de “la Planta”, es decir cerca de su “casa”.

Laura sostuvo que la “torre de *pulling*” había “entrado”. Se refirió así a la “llegada” a la zona –al “territorio” donde están sus “casas” y que “la empresa” concibe como “área hidrocarburífera”– de un “equipo petrolero” de gran porte. La inexistencia de puerta, alambrado u otro límite físico a los que yo estaba más acostumbrado, no les impedía saber cuándo “entran” este tipo de “equipos” a su “territorio”. Según me explicó Susana minutos después, eran los primeros “equipos” de envergadura que “entran” desde diciembre de 2011, es decir desde hacía siete meses, cuando terminaron un extenso “bloqueo” de 17 días a “la Planta”⁴, el centro productivo del “área”.

Al conocer ese ingreso, Ailin le indicó a Cecilia que aprovechara la vuelta a la “comunidad” para decirles a los trabajadores de la “torre” que se retiraran del lugar. Ailin precisó que había que exigirles que se fueran advirtiéndoles que había una reunión de “muchos mapuche en Zapala” y en caso de que no se retiraran a la noche iban a ir hasta donde estaba la “torre” para “prender fuego todo”. Le dijo también que especifique que “el problema no es con ellos, sino con *Phoenix*”.

Mientras las mujeres conversaban, Antonio alistó la camioneta Ranger blanca de unos 10 años de antigüedad que mantenía la “comunidad”. La parte trasera del vehículo, la caja, estaba preparada para trasladar a varias personas con cierta comodidad. La habían cerrado con una lona de nailon gruesa que evitaba el viento y la lluvia. En la entrada tenía una cortina también de nailon. Además, tenía soldadas dos estructuras que

³ En el lenguaje petrolero se denomina “*pulling*” a una serie de operaciones necesarias para el acondicionamiento de las “perforaciones” existentes y que están en “producción”, es decir mientras el “pozo” permite la obtención de los hidrocarburos. El “equipo de *pulling*” retira elementos defectuosos de las profundidades de “pozo” (varillas, caños, etc.) reemplazándolos por otros en buen estado. Un “equipo de *pulling*” consta de una torre portable que montada se eleva unos 30 metros, un cuadro de maniobras, motores y accesorios necesarios para operaciones menores como movimientos de “*tubing*” (los caños que conforman el “pozo” por donde fluyen los hidrocarburos), movimiento de varillas, etc. En cada “equipo” trabajan cinco personas.

⁴ En noviembre de 2011 “los más afectados” habían mantenido durante 17 días un “bloqueo” en el portón de ingreso a “la Planta” del “área hidrocarburífera Los Robles”. La “*lonko*” Susana Quilaqueo y el “*werken*” de la “Confederación Mapuche de Neuquén” Andrés Mayo explicaron en un comunicado de prensa con el que buscaron difundir y argumentar públicamente su accionar que la empresa no se ajustaba a sus reclamos: “el derecho a la consulta previa [a los grupos indígenas] ante cualquier avance de la empresa” en lo que manifestaban era “su territorio”. “Luego de una mesa de diálogo entre la comunidad y la empresa en donde no se pudo llegar a ningún acuerdo se procedió a parar y bloquear todo el yacimiento Los Robles”, informaron (Quilaqueo y Mayo, 22/11/2011). El sábado 26 de noviembre de 2011 el diario Río Negro informó sobre el fin del “bloqueo” y precisó que quienes lo protagonizaron llegaron a esa decisión ante la “orden de desalojo” firmada por un juez de Zapala (Río Negro, 26/11/2011).

cumplían la función de bancos largos, lo que permitía que varias personas fueran sentadas.

Eran las 15.30 cuando salimos. Cecilia manejó el primer tramo. Doña Lorena, de 70 años, se ubicó a su lado, en el asiento del acompañante. En la parte trasera viajamos cinco adultos, Antonio, Victoria y Jerónimo –la hermana y el cuñado de Susana–, Laura, y yo. Además, en la caja había cuatro niños. Todos/as nos dirigiríamos primero “pozo LROx-1999b”, festejado públicamente como el primero multifracturado de Latinoamérica, y uno de los motivos por los que me había acercado a la “comunidad”, después a lo de doña Lorena, posteriormente a la locación donde estaba la “torre de *pulling*” y luego a lo de Victoria. Finalmente, Antonio, Cecilia, algunos de los chicos y yo regresaríamos en la camioneta a Zapala. Susana no fue con nosotros/a.

Pasada alrededor de media hora, salimos de la ruta 6 en el cruce con la provincial 25. Allí nos detuvimos y bajamos de la camioneta para concretar una especie de camuflaje con un improvisado mecanismo. Rompieron unas bolsas de supermercado y las engancharon en las patentes del vehículo para taparlas. De esta forma pretendían no ser identificados en el camino por los agentes de seguridad privada pertenecientes a la empresa Prosegur⁵, que custodiaba el “área hidrocarburífera”.

Mientras enganchara las bolsas en las patentes, Cecilia informó que Susana le había indicado el “recorrido” a seguir. Primero iríamos al “pozo”, se refería así al “LROx-1999b”, y después hablaríamos con los trabajadores petroleros de la “torre de *pulling*”. Esa organización buscaba dejar para último momento la conversación con los operarios, que podía generar problemas, sobre todo con los empleados de la empresa de seguridad, ya que la “torre de *pulling*” estaba cerca de “la Planta”, centro productivo del “área”, donde los guardias de seguridad custodiaban y recorrían asiduamente. Así organizaban el territorio según la distancia de “la Planta”: en la medida que se acercaban a ella la presencia de Prosegur implicaba un mayor riesgo.

Desde ese momento, Antonio fue quien manejó. Cecilia, según dijo, se perdía en el camino al “pozo”. Antonio había nacido y crecido allí, donde todavía vivía su madre, y por eso conocía exhaustivamente el “territorio”. Primero anduvimos por la ruta provincial 25 en dirección sur. Era un camino de ripio pero cuidado y bastante ancho.

⁵ Según su página web, Prosegur tenía presencia en los cinco continentes y proporcionaba a “empresas y hogares una seguridad de confianza basada en las soluciones más avanzadas del mercado”. (www.prosegur.com.ar y www.prosegur.com, Fecha de consulta: 7 de junio de 2017).

En ese tramo había un gran cartel pintado sobre unas maderas blancas en letras mayúsculas que decía: “territorio mapuche *lof che Gvf Antv*”. En mi lógica, esa señal indicaba que “entrábamos” a donde vivían “los más afectados”.

Posteriormente tomamos en sentido suroeste una “picada”, es decir un camino de ripio generado por “la empresa” para acceder a las diferentes infraestructuras de la “explotación”. Llegar hasta el “pozo” implicaba recorrer largas distancias por caminos de ripio. Por esa ruta, entre “San Javier” y el “pozo” había unos 25 kilómetros, y más de la mitad de ese trayecto era de ripio, con molestas ondulaciones del terreno y piedras sueltas que dificultaban la movilidad en el vehículo.

Mientras recorríamos el lugar al que en algunas oportunidades referían como “Loma Verde” y en otras como “nuestro territorio” o como “*Gvf Antv*”, les pregunté quién vivía cerca de ahí y me señalaron hacia un lugar donde no pude divisar nada, aunque ellos veían la residencia de alguien. Insistí, pero no tuve éxito. Quienes no “recorríamos” con asiduidad el lugar, como era mi caso, no veíamos lugares que “los más afectados” sí, como aquella “casa” que me señalaron.

A diferencia mía y de Cecilia, que no sabíamos cómo llegar al “pozo”, quienes habían nacido y/o vivían en esa zona, como Antonio, parecían ubicarse sin problema y ver cosas que otros/as no podían ver.

Los “pozos” y la desigualdad

El “pozo LROx-1999b” estaba en “producción”. En esa instancia era un caño verde y decenas de válvulas, que sobresalía más de dos metros de la superficie. Su diámetro en el suelo era de unos 40 centímetros y mediante válvulas iba disminuyendo su grosor en la medida que ascendía hasta llegar a un ancho de 15 centímetros. En la parte superior tenía una estructura horizontal similar a la del caño central pero de menor diámetro (unos 15 centímetros) con el que formaba una especie de cruz mecánica. En una de las extremidades de ese transversal una especie de matafuego rojo horizontalmente ubicado era lo que conectaba el “pozo” con un pequeño caño, que bajaba en diagonal hasta enterrarse y vincular al “pozo” con la red de ductos que se dirigían a “la Planta” del “área hidrocarburífera Los Robles”. El “pozo” estaba rodeado por una reja de caños de dos metros de altura prolijamente pintada de blanco y con alambres de púas en la parte superior.

En distintos momentos, Susana, Cecilia y Ailin me dijeron refiriéndose a ese “pozo” que la “perforación” fue notablemente distinta a los “pozos comunes” y que lo que les llamó la atención fue la “cantidad de caños que meten en la tierra”. Antonio, por su parte, me explicó que fue distinto el movimiento de tierra: sacaron mucha más vegetación que en los “pozos convencionales”.

Después de visitar el “pozo” fuimos a dejar a doña Lorena, quien vivía a menos de 10 minutos en la dirección opuesta a la que habíamos mantenido para llegar al “pozo”. La mujer de 70 años vivía en su casa junto a su esposo que estaba bastante sordo y con algunas dificultades de movimiento.

Nos hizo pasar a un cuarto que no estaba revocado en su totalidad. En el círculo que conformado entre quienes estábamos en la cocina comedor de Lorena, Cecilia contó que por entonces, en junio de 2012, Lorena y su esposo tenían unas 200 chivas. Antes habían tenido 500 pero se les habían ido muriendo. “Algunas enfermas, a otras las mató el petróleo”, indicó Cecilia cuando pregunté. Ellos no tenían electricidad, gas, ni agua de red. Tenían un pequeño panel solar que les permitía mantener encendido un débil foco de luz al anochecer, compraban garrafas y usaban leña para calefaccionarse y cocinar. El agua se la proveía semanalmente un camión del Municipio de Zapala que recorría la zona y les entregaba el suministro que almacenaban en unos tanques. Doña Lorena y su esposo para ir a Zapala dependían de que alguien los buscara porque no tenían vehículo.

La desigualdad con los recursos que manejaban quienes estaban vinculados con los hidrocarburos era notable. Unos no tenían para trasladarse y en el “área” circulaban durante todo el día de un lado a otro decenas de camionetas y camiones. Lorena y su marido no tenían gas y vivían sobre una zona de extracción de gas. También carecían de energía eléctrica, mientras “la Planta” y las “locaciones” donde se estaba trabajando poseían grandes reflectores. Además, de que el desmonte de las “picadas” y las “locaciones” les disminuía el espacio para la cría de animales, denunciaban que los operarios petroleros les robaban los animales que siempre habían andado sueltos por el campo. Al mismo tiempo, el levantamiento de la vegetación para “picadas” y “locaciones” generaba mucho movimiento de tierra que volaba con el viento, lo que ocasionaba grandes nubes de polvo y convertía en aún más difícil la vida. Finalmente había muchos problemas con el suministro de agua para consumo doméstico. Eran

habituales los cortes en la provisión por conflictos laborales de los trabajadores municipales y por roturas de los camiones necesarios para acercar el líquido. En tanto, el “pozo LROx-1999b” había utilizado 30.000 metros cúbicos, tanto que tuvieron que instalar una especie de pileta para almacenarla antes de inyectarla.

Geografías de lo propio

Siguiendo el itinerario acordado, ocupamos nuestros lugares en la camioneta y salimos de la casa de Lorena. Ya había pasado más de una hora desde el comienzo del “recorrido” en Zapala y faltaban pocos minutos para que oscureciera. Según el plan organizado, debíamos hacer la parada más difícil: ir a demandarle a los trabajadores del “equipo de *pulling*” que se retiraran del lugar. Eso implicaba que debíamos acercarnos a “la Planta”, donde los guardias de Prosegur recorrían más insistentemente. “La Planta” estaba ubicada a menos de cinco minutos de donde trabajaba la “torre de *pulling*” –a unos 10 minutos de lo de doña Lorena. El ánimo en la camioneta, no obstante, era tranquilo.

La serenidad del ambiente se trastocó rápidamente. En sentido contrario al nuestro por la misma “picada” venía una camioneta de Prosegur. Pasó lentamente a nuestro lado e inmediatamente dio una vuelta y comenzó a seguirnos sin acercarse. En el interior de ese vehículo iban dos guardias, vestían el uniforme de la compañía y, según supe después, no estaban autorizados a portar armas.

El clima en la caja de nuestra camioneta se enrareció, los cuatro adultos nos preocupamos.

–Cerrá la cortina. No es que me esconda, es que si nos ven van a llamar a la policía –me indicó Laura, mientras mandaba un mensaje de texto a quienes iban adelante para avisarles que nos seguían.

En ese momento uno de los nenes, de unos dos años, empezó a llorar y Victoria, su mamá, lo calmó dándole la teta. Ambos habían estado la semana anterior, cuando la policía utilizó la fuerza para desarmar un “bloqueo” que mantuvieron en el ingreso a “la Planta” y por el que había sido detenido a Antonio por algunas horas. Los otros niños permanecieron en silencio pero no eran ajenos a la tensión. Sentí miedo de lo que pudiera suceder si los guardias nos trataban violentamente en ese lugar de tan difícil acceso. Todos intentaban demostrar que no estaban asustados, pero lo estaban. En la

caja de la camioneta no se habló más, se soltaron algunas sonrisas nerviosas y las caras de preocupación llenaron el lugar. La “represión” al “bloqueo” de “la Planta” que habían sufrido la semana anterior a mi visita era suficiente fundamento para ese miedo, que además se nutría de otros más antiguos⁶.

Los miedos que sentimos en aquel “recorrido” por el “territorio” de “*Gvf Antv*” estaban anclados en una experiencia histórica que, si bien tuvo una etapa de violencia generalizada con el genocidio de fines del siglo XIX, se actualizó en distintas oportunidades, muchas de las que implicaron el desplazamiento hacia otros lugares de residencia.

En la camioneta el clima era tenso. Ante el accionar de los guardias, que en ningún momento pretendieron alcanzarnos, nuestro vehículo cambió su “recorrido”: en vez de dirigirse a la “torre de *pulling*”, como estaba previsto, se detuvo en el “salón comunitario”. El “salón comunitario” era una pequeña construcción de material, rodeada por un alambrado olímpico que definía una superficie mayor. Había sido construida por una de las antiguas “operadoras” y, una vez abandonada, el grupo de “los más afectados” la había convertido en un lugar de reunión. “Entrar” dentro del alambrado fue vivido por el grupo como “entrar” a territorio propio y los ánimos se calmaron.

Fue una sensación extraña ya que hacía una hora habíamos cruzado el cartel que, en mi concepción de “territorio” –la occidental de Bohannon–, señalaba que habíamos “entrado” en el territorio de la “comunidad”. En ese acto volvíamos a “entrar” a un lugar que era más propio, más seguro que la “picada” por la que veníamos. Los empleados de Prosegur también parecían reconocer esa diferencia: su camioneta pasó lentamente por el portón y se quedó a unos 100 metros, como dejando en claro que nos observaban.

⁶ En mi siguiente viaje en octubre de 2012, Susana Quilaqueo me contó cómo llegó la explotación petrolera a la zona. “Dice que eran chiquitas las torres, no eran grandes. Llegaron a hacer alguna. Y bueno ahí dice que después como habrán pasado 15 años y ya ahí vinieron a hacer todo eso (o esas torres) ya a romper. Dice que nuestros abuelos estaban horrorizados. Primero que vos hablabas y te sacaban con Gendarmería. No era la policía. Gendarmería iba y te cagaba a palos y te sacaba. Y nuestro abuelo nos prohibía, a mi papá le prohibía, de que hable en mapuche. Cuando venía así una persona que no era de la comunidad, que no era mapuche, que eran gente winka, que le decían ellos ‘los winkas’, todos se tenían que ir a esconder.” (Susana Quilaqueo, 23/10/2012). El abuelo de Susana protegía en la década de 1960 a su familia de la violencia ejercida por el Estado argentino, que 80 años antes había perpetrado un genocidio contra las poblaciones que vivían al este del río Neuquén y al sur del río Negro (Delrio, et al. 2010).

Bajamos de la camioneta mientras disimulábamos el miedo y mirábamos a los guardias de Prosegur. “Nos están vigilando”, dijo Laura, mientras alzaba a su bebé y se sumaba a una ronda improvisada que se armó fuera de la construcción de material a la que nadie ingresó. Ella contó a borbotones cómo minutos antes la camioneta nos había empezado a seguir y Cecilia constató que no había señal de celular por lo que no podía hablar con “la *lonko*” Susana, que estaba en Zapala.

Unos 10 minutos después de haber “entrado” al predio del “salón comunitario”, la camioneta de Prosegur se alejó. Entonces Cecilia reiteró el plan de ir a la “torre de *pulling*” y nos dispusimos nuevamente en el vehículo para cumplir la tarea. En los cinco minutos que duró ese trayecto, quienes estábamos en la parte de atrás decidimos no bajar en la “locación” y dejar que hablara Cecilia, que iba adelante. “Si se arma lío, sí nos bajamos”, era el acuerdo que había motorizado Laura, más por susto que por estrategia.

Ingresar a la “locación” de más de una hectárea solía ser entendido por “los más afectados” como ingresar al “pozo”, aunque el “pozo” sólo ocupe 10 metros cuadrados, que además, en los últimos años, como en el “LROx-1999b”, también suelen estar firmemente enrejados, señalando claramente sus límites superficiales. Al momento de realizar tareas de mantenimiento en la perforación –como las que realizan los “equipos de *pulling*”– nuevamente la “locación” es utilizada para instalar el equipo. Mis interlocutores se referían a todos esos espacios como “pozo”, sin diferenciarlo de la “locación” y los percibían como lugares extraños dentro de su propio lugar.

Nuestra camioneta “ingresó” al “pozo” en que estaba trabajando la “torre de *pulling*”. Cecilia bajó sola y conversó con uno de los trabajadores. Desde la caja de la camioneta no escuchamos el diálogo. Transcurridos menos de 10 minutos arrancamos nuevamente.

Llegamos a la casa de Victoria, y comenzó una ronda de mates. Jerónimo, el esposo de Victoria, le indicó a Cecilia que en el marco de una ventana había señal de teléfono celular. Ahí colocó el teléfono y pudo enviarle un mensaje a Susana con el número telefónico que le habían dado en la “torre de *pulling*”.

Victoria vivía con Jerónimo y sus hijos. Su casa estaba a unos 500 metros de “la Planta”. Era de un plan provincial de viviendas: paredes de ladrillo, aberturas metálicas y techo de chapa a dos aguas. Como Lorena, no tenía agua, luz, ni gas de red. Poco después, ya de noche, emprendimos la vuelta a Zapala. Habíamos llegado al final del

“recorrido”.

El territorio propio y, a la vez, ajeno

El mi primer día de trabajo de campo participé de un “recorrido” en el lugar donde nacieron y vivían “los más afectados”, es decir participé de la forma en la que este grupo construía su “territorio”. Sin embargo, al analizarlo advertí que en esa jornada asistí, además, a otra forma de construcción del espacio, la instituida a partir de los procesos de “familiarización” o de “linaje”. Reconozco, entonces, dos formas de construir el “territorio” por parte de “los más afectados”: el “recorrido” y el “linaje”.

En aquella primera tarde fui parte de cómo se movían mis interlocutores/as por la zona: vivían en aquel espacio –que reclamaban como propio– como si fuera, de alguna manera, ajeno. Como si por momentos “entraran” irregularmente en el “territorio” de otro, lo que les generaba una fuerte intranquilidad. Esa sensación era extraña a mi perspectiva cartográfica, desde la que entendía que una vez pasado el cartel de la ruta que indicaba la presencia del “*lof che Gvf Antv*” ya estábamos en la parcela que le pertenecía a la “comunidad”. Inicialmente, deduje que la particularidad definida por la ambigüedad entre el “territorio” propio y ajeno estaba dada porque no tenían un “título de propiedad” y entonces la ambigüedad era el resultado de una disputa por fracciones de terreno. Estas ideas presuponían que la forma de entender el “territorio” de “los más afectados” era similar a la mía, a la de los Estados y las empresas. No obstante, que tras pasar el cartel que indicaba la presencia de la “comunidad” hayamos “entrado” sucesivamente a otros lugares propios de “los más afectados”, como sus “casas” y el “salón comunitario”, me permitió inferir que su noción de “territorio” era distinta de la mía, de los Estados y las empresas.

Siguiendo a Bohannon (1967), las relaciones que en Occidente se mantienen con el “territorio” son relaciones contractuales de propiedad contra (y con) otras personas a propósito de una parcela de “tierra” objetivada como una cosa. Son relaciones de inclusión y exclusión de personas en relación a la “tierra”, y que, como expuse, tienen en el “mapa” un mecanismo fundante. El “mapa” habla menos de la cosa que pretende representar, la “tierra”, que de las relaciones (de inclusión y exclusión) que se establecen, por su intermedio, entre las personas.

Frente a la noción cartográfica, y retomando a De Certeau, propuse que el “recorrido” era la manera particular que utilizaban “los más afectados” para constituir su

“territorio”. Para mis interlocutores en la situación analizada no existían las parcelas claramente mensuradas y mercantilizables, que yo esperaba encontrar representadas en el alambre y que creí encontrar en el cartel que indicaba: “territorio mapuche *lof che Gvf Antv*”. El “territorio” para “los más afectados” era el que se practicaba, el que se “recorría”. El “recorrido”, por tanto, no implicaba representaciones cartográficas, o las cosas fabricadas por su intermedio como “tierra” sujeta a relaciones contractuales. El uso, el estar ahí, era lo que definía a esa forma particular del “territorio” propio. Similar al “*espacio es un lugar practicado*” de De Certeau (2000: 129. Cursivas del original), que el autor explica con un ejemplo: “La calle geoméricamente definida por el urbanismo se transforma en espacio por intervención de los caminantes” (Ídem). Al respecto, para mi caso, considero que la planificación cartográfica estatal posterior a la avanzada militar de fines del siglo XIX y previa a la explotación hidrocarburífera de la zona permitió que distintos grupos vivieran en esos “territorios” despreciados. Posteriormente, la intervención gasífera y sus “picadas” instituidas cartográficamente desde la década de 1950 permitieron que el ejemplo de De Certeau sobre las calles y los caminantes sea directamente trasladable: las “picadas” sirven para que “los más afectados” “recorran” su “territorio” produciéndolo simultáneamente y permiten, también, usos no previstos por la explotación como el “bloqueo” a la actividad hidrocarburífera.

En ese estar en el lugar, “los más afectados” habían generado relaciones con las personas y con el “territorio”, por lo que podían ubicarse con facilidad, veían cosas que otros no podían ver, manejaban sus recursos (sabían dónde había señal de celular, donde refugiarse) y sabían quiénes “entraban”, cuándo y dejando qué rastros. No tenían un “mapa”. Había, en cambio, “recorridos” permanentes, uso cotidiano, conocimiento profundo del espacio. Revel (1989) sostenía que el soberano constituía su potestad sobre el lugar en los “recorridos”. Algo similar ocurría con “los más afectados”.

Pero esa perspectiva se complementa con otra que recupero de las precisiones de Bohannan, quien describió dos formas de producción del espacio distintas a las occidentales. Por un lado, indicó que hay pueblos –como los Tiv de Nigeria Central– en los que “el lenguaje de la descendencia y la genealogía no solo proporciona la base para la agrupación de linajes, sino también la agrupación territorial” (1967: 55. Mi traducción). Así, los lugares donde se disponían las “casas” de parientes eran vistos como “territorio” propio. Por otro lado, Bohannan señaló que otros grupos construyen el

“territorio” en base a puntos terrestres específicos a los que les otorgan un reconocimiento particular y un significado económico o ritual. Y ejemplifica con los “santuarios de lluvia” que organizan las pertenencias de las aldeas circundantes de los Plateau Tonga de Rhodesia del Norte.

Para recuperar esas nociones, que Bohannan encuentra en África, recorro a autores más cercanos. Al trabajar con grupo Tehuelches en la provincia de Chubut, Ana Ramos y Walter Delrío proponen procesos históricos de “familiarización” menos estancos que los genealógicos:

“El grupo se iría conformando en el *recorrido*. Las experiencias comunes de *lucha* y la búsqueda de reestructuración política y afectiva de los lazos sociales instauran un proceso de familiarización que va más allá de las relaciones de matrimonio y procreación” (Ramos y Delrío 2011: 525. El destacado es mío).

En otro texto, Ramos llama a “linaje” a una noción que permite sustituir a la de “genealogía” que es definida como una forma limitada de entender la “familiarización” (2008: 62).

Entonces, siguiendo este planteo, el grupo de “los más afectados” se fue conformando en la “lucha” conjunta, en el vivir próximos y en el reconocerse como hermanados/as más allá de los lazos genealógicos efectivos. Así, retomando las dos formas africanas que Bohannan describe y tamizándolas por la perspectiva de Ramos y Delrío, sostengo que “los más afectados” construían en ese “linaje” una forma particular de lugares simbólicos: fundamentalmente sus “casas”. Allí donde vivía alguien que integraba el grupo ese lugar era de todo el grupo, un lugar seguro, un lugar propio. El “salón comunitario” tenía una función similar. Era un ámbito propio, seguro, que también era reconocido como lugar de la “comunidad” por los guardias de seguridad y por el resto de los trabajadores del yacimiento.

En ese contexto, “los más afectados” instauraron otro punto simbólico: el “cartel” que decía “territorio mapuche *lof che Gvf Antv*” que funcionaba como un “santuario de lluvia”, relacionando a la “comunidad” con ese lugar, pero no indicaba, como yo esperaba, una fracción de tierra definida como “propiedad” de la “comunidad”.

De esta manera, la idea de lo propio, de lo nuestro, se conformaba de formas distintas a las cartográficas de Occidente. En mi “recorrido” descubrí que las “casas”, el “centro

comunitario”, el “cartel”, instituyeron el “territorio” propio y el vínculo entre cada uno de esos sitios, el “recorrido”, el andar, el usar el espacio afirmaba un vínculo con el “territorio”. Este es “nuestro territorio” indicaban “los más afectados” pero desde un lenguaje distinto al Estatal y empresarial.

La ambigüedad que viví aquella jornada se constituía, al menos, por dos razones. Una primera, más personal, estaba vinculada con que yo no entendí qué tipos de territorios se ponían en juego en aquel recorrido. Aquel “nuestro territorio” estaba constituido por “recorridos” y por las “casas” de quienes integran el linaje. Por otro lado, la ambigüedad y la extrañeza que me generaba las entradas sucesivas a lugares propios, después de haber entrado a un lugar propio, era una de las formas en la que se expresa grupalmente la expropiación generada por Phoenix, la ocupación empresarial del espacio de “los más afectados”. En este segundo caso, la ambigüedad era resultado de la disputa territorial, pero de manera distinta a la que suponía inicialmente vinculada con la disputa por la superposición de fracciones cartográficamente establecidas.

No obstante, la desigualdad era una característica que daba forma a esa particular manera de comprensión del “territorio” propio y a la vez ajeno. “Los más afectados” vivían en una zona cuyo acceso desde la ruta era difícil –por los malos caminos y por la falta de transporte público– mientras decenas de camionetas de distintas empresas se movilizaban permanentemente. Además, en sus viviendas no tenían gas, luz, ni agua; y había perforaciones para aprovisionar de gas a las localidades cercanas y las instalaciones hidrocarburíferas están fuertemente iluminadas con grandes reflectores. La desigualdad en el acceso de bienes y servicios en relación al yacimiento, también constituía la idea de que estaban en un lugar propio como si fuera ajeno.

El territorio también era experimentado como ajeno porque perforaban nuevos “pozos” e ingresaban “equipos” sin consultarles. Había carteles que indicaban distintas infraestructuras y señalaban la potestad estatalmente avalada de “la empresa” para realizarlas. También estaba “la Planta”, cuya superficie de tres hectáreas eran resguardadas por un alambrado olímpico y efectivos de la policía provincial y de seguridad privada. Si bien el “área hidrocarburífera Los Robles” tenía una superficie de 320 kilómetros cuadrados, los guardias recorrían más insistentemente la zona donde había una mayor presencia de “pozos” y que tenía como centro a “la Planta”, ese espacio era más ajeno para “los más afectados” que otros menos “recorridos” por los

guardias y por los operarios. Debido al temor a los guardias y a la policía, “los más afectados” “recorrían” el territorio de una manera particular: tapaban las patentes, organizaban el “recorrido” buscando posponer el cruce con los guardias de seguridad y, en situaciones de fricción política, ante el encuentro con la seguridad de la empresa huían para refugiarse en los ámbitos que consideraban seguros, es decir, propios. Todas estas acciones daban cuenta del temor con el que se movían por el lugar y es la forma en la que vivían la expropiación.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, B. (1993 [1983]). *Comunidades imaginadas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bohannan, P. (1967). “Africa’s Land”. En Dalton, G (Ed.) (1967). *Tribal a peasant economies*. New York: The American Museum of Natural History.
- De Certeau, M. (2000 [1980]). “Relatos de espacio”. En De Certeau, M. (2000). *La invención de lo cotidiano 1. El arte de hacer*. México: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente: Universidad Iberoamericana.
- Delrio, W., Lenton, D., Musante, M., Nagy, M., Papazian, A., Pérez, P. (2010). “Del silencio al ruido en la Historia. Prácticas genocidas y Pueblos Originarios en Argentina”. Exposición en III Seminario Internacional Políticas de la Memoria. “Recordando a Walter Benjamin: Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la Memoria”. Buenos Aires, 28, 29 y 30 de octubre de 2010. Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti.
- Delrío, W., Lenton, D., y Papazian A., (2010). “Agencia y política en tres conflicto sobre territorio mapuche: Pulmarí, Leleque y Lonko Purrán”. En *Sociedades de Paisajes Áridos y Semi-áridos*. año II, vol. II . Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Río Cuarto.
- Gluckman, M. (1940). “Analysis of a Social Situation in Modern Zululand”. En *Bantu Studies* N° 14.
- Kozulj, R. y Lugones, M. (2007). “Estudio de la trama de la industria de los hidrocarburos en la Provincia del Neuquén”. En Delfini M. y otros. *Innovación y empleo en tramas productivas argentinas*. Buenos Aires: Prometeo.
- Lefebvre, H. (2013 [1974]). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing Libros.
- (1979). “Space: social product and use value”. En Freiburg, J.W. (ed.) *Critical Sociology: European perspectives*. Nueva York: Irvington. 285-295
- Ramos, A. (2008). “El *nawel* y el *pillañ*. La relacionalidad, el conocimiento histórico y la política mapuche”. En la revista de la Red de Antropologías del Mundo, enero de 2009.
- Ramos. A. y Delrío, W. (2011). “Mapas y narrativas de desplazamiento. Memorias mapuche-tehuelche sobre el sometimiento estatal en Norpatagonia”. En revista *Antítesis* v. 4, n° 8
- Revel, J. (1989). “Conhecimento do território, produção do território França, séculos

XIII-XIX”. En Revel, J. A invenção da sociedade. Lisboa: DIFEL; Rio de Janeiro: Bertrand.

Comunicados y prensa

Quilaqueo, S. y Mayo, A. (22/11/2011). “La comunidad mapuche *Gvf Antv* paraliza la perforación de un pozo de shale gas en su territorio”.

Rio Negro (26/11/2011). “Mapuches dejaron la Planta y baja la tensión en Los Robles”.